



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Victor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....,, 25

Habana 30 de Junio de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 26

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Tasca y el freno, por Juan Camama.—Armonías políticas, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Canciones carlistas, (poesía), por Juan de las Viñas.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—Cuentos de manigua: El Chavalillo, por Juan Sin-Tierra.—La oracion de Inés (poesía), por José Alcalá Galiano.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.

CARICATURAS.—Por Don Junípero.—Retrato del Ministro de Ultramar, por Cárneros.

MENESTRA SEMANAL.



1 domingo pasado hablé, entre otras cosas, de un ministerio nuevito y flamante que acababa de estrenar nuestra nacion.

Después de esto, han trascurrido muy tranquilos para mí los siete

días de la semana con la esperanza de que al llegar hoy tendria hecho mi trabajo con sólo hablar de la formacion de un nuevo gabinete y dar algunas noticias personales de sus individuos.

Pero ¡oh sorpresa! me encuentro con que aún gobiernan en España los mismos hombres que el domingo pasado....!

¡Será posible!

¡Irá perdiendo nuestra política su tradicional carácter? ¡Oho días seguidos un mismo gabinete! ¡Qué horror!

Pues le digo á usted que si dan en perpetuarse de tal modo en el poder los partidos, no comprendo qué será de nosotros los que aún no hemos sido ministros....

Figúrese usted cuándo nos llegará el turno....

Estoy seguro de que á mí, que ocupo el último lugar de la lista, no me tocará entrar en el poder hasta fines de Febrero próximo ó principios de Marzo.

¡Si van con esa calma....!

¡Y luego querrán hablar del turno pacífico de la gobernacion del país!

Tengo por fuerza que buscar en otra parte los asuntos para la menestra de hoy.

No han de faltarme seguramente, y muy cómicos, muy chuscos y muy á propósito para el caso los he de encontrar en esa fiebre de noticias que nos han entrado.

Aquí no ha llegado, gracias á Dios, la efervescencia política de nuestra patria, pero estamos acometidos del hambre y sed de novedades de bulto; y si viera usted qué progresos se hacen en el mentir....!

Sale de su casa un honrado padre de familia, modesto, robusto, sano, de semblante alegre, cándido y con peluca, que es el utensilio que más aire de candidez presta á la persona.

Sale de su casa tranquilo, con la confianza que dá el llevar en la cartera media docena de billetes de á peso y uno de á diez y en el bolsillo del chaleco un doblon y algunos reales, por si tiene que tomar un arrastrapanzas ó le dan música á la puerta del café un arpa y dos violines ó le sucede algun otro contratiempo.

Llega.... á cualquiera parte, lo mismo dá, y se encuentra con que, á boca de jarro, le sueltan la siguiente andanada:

—¡Hola, compadre! ¿vende usted sus fincas?

—No, señor; ¡no faltaba más! y por qué me hace usted esa pregunta?

—Hombre, como están las cosas tan malas....

—Pues qué hay?

—¿No sabe usted lo que pasa?

—Yo sé que pasa todo menos los doblones falsos, pero....

—Pues ándese con bromas; se sabe ya positivamente que Espartero ha llegado á Londres mal herido.

—¡Caramba! lo siento mucho, ¿pero he de vender por eso mi ingenio y mi cafetal?

—Por eso materialmente nó, señor; pero la desgracia del Duque de la Victoria proviene de que Ruiz Zorrilla, al encargarse del gobierno, ha dicho que separará la Iglesia del Estado, y que le formará causa á todo el que no cumpla con su deber....

—Y quiere usted decirme qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Tiene que ver; porque á estas horas habrá ya entrado en Madrid Carlos VII.

—¡Cáscaras! eso sí que es grave!

—Los republicanos, como es consiguiente, lo han llevado á mal y han proclamado la república en dos pueblos de Galicia y dos aldeas de Extremadura.

—¡Ave María Purísima!

—Y Castelar anda en calzoncillos con un trabuco al hombro registrando las casas de las personas principales y fusilando más gente que pelos tiene usted en la cabeza.

—Soy calvo, joven, soy calvo!

—Pues no serlo, compadre.

—¿Y por dónde ha recibido usted todas esas noticias?

—Por el cable.

—Hombre, si está interrumpido....

—Sí, pero ha llegado á Cayo Hueso una goleta, y el patron es cuñado de una prima de la lavandera de casa. La lavandera trajo tres camisas quemadas con la plancha y nos explicó á mi mujer y á mí que le habia sucedido aquel percance por la emocion que le causaron las noticias que le dió el patron de la goleta y que son las mismas que le acabo á usted de referir.

—¡Ah!!

Y el honrado padre de familia se marcha á su

casa con la peluca torcida, el gesto avinagrado, la mirada torva y perdida la frescura de su semblante.

No exagero; de ese calibre son las noticias que circulan en estos días por la Habana.

El señor de Barba-Azul tenia un cañon y siete mujeres.

De cuántas barbaridades será capaz la república de Céspedes ahora que tiene tres cañones?

Sí, señor; los tres han aparecido de pronto en la barra de Charleston, metidos en una goleta llamada *Pioneer*, buque de guerra del *Estado de Cuba*, que tiene el encargo de "castigar al cobarde y sangriento español," segun dice el *Sun*.

El *Pioneer* ha estado nada menos que en la *Residencia del Ejecutivo* y ha conferenciado con Céspedes, el cual le ha entregado pliegos para los Agentes de la causa. El teniente Chavedu (*chadvó*, como dicen los gitanos) ha llevado los pliegos á Nueva York.

El señor de Barba-Azul no llegó á tanto: se dió por satisfecho casándose con siete mujeres, y fué mucho valor el suyo!

Verdad es que no tenia más que un cañon, y Céspedes cuenta con tres en la barra de Charleston.

El *Presidente* de la república ha comunicado instrucciones al capitan del *Pioneer*, y una de ellas es "que pasados 20 días, todo empleado del gobierno español ó capitan de buque mercante que el *Pioneer* haga prisionero será colgado de las vergas."

¡Qué horror!

Así lo dice el *Sun*, que debe ser amigo del mascarón de proa del buque, cuando tan enterado se encuentra.

Si el *Pioneer* ha de cumplir fielmente su mision, espero de un día á otro verlo fondear frente á la Administracion de Hacienda ó de Aduanas, para apoderarse de los empleados y colgarlos.

Al ver tan extraños colgadores en las puertas de las oficinas, preguntará la gente:

—Eso es para colgar los sombreros de los empleados?

—Nó, señor; para colgar los empleados de los sombreros.

¡Y todo por orden de Céspedes!

Y don Carlos sin parecer!

Dicen algunos que lo han visto con Manterola internarse en Francia.

Aseguran otros que un legitimista le regaló dos millones de francos.

¡Oh, legitimista incomprensible!

Por Dios, que me manden algun ejemplar de tu cria!

Si efectivamente don Carlos ha recibido ese dinero, sí que se pierde por completo.

Con mucho menos he visto yo hombres *perdidos*.... del todo.

Dada la ansiedad que experimenta el público por tener noticias de sensacion, debería yo acabar con una de bulto.

Una, tan inverosímil como las infinitas que han circulado estos días.

¿De dónde la sacaré?

Carezco de recursos para grandes invenciones....

Ah! ya creo que dí en el *quid*.

Atencion.

Acabo de leer un artículo de *La España*, que no está escrito en *gringo*.

Vaya, á que me toman ustedes por un embustero?

JUAN PALOMO.

TASCAR EL FRENO.

Tengo afición á leer, y leo:

"No hace muchos días llegó Vicente García á tres leguas de Nuevitas, en donde sostuvo un empeñado tiroteo con el coronel Pocurull. Parece que su principal objeto era reunir y llevarse ganado hácia los montes de Santa Rita y Dolores, que son su principal guarida. Las fuerzas rebeldes del Departamento Oriental están á las órdenes de Modesto Díaz, Maceo, Luis Figueredo, Máximo Gomez y Calixto García Iniguez. Este está en la extensa jurisdicción de Holguín, en donde ha incendiado y saqueado los caseríos del Vídado y Sao-arriba, y quemado parte de los ingenios "Santo Tomás," de los hermanos Campaña, y "La Victoria," de don Atanasio Calderon. En los montes de Alcalá resistió Calixto García el ataque de una columna de 600 hombres, y no se tiene noticia de una de mas de mil que salió de Holguín el día 15, al mando del coronel Huerta."

Lo de siempre! exclamo arrojando el papel, estos órganos del laborantismo no saben más que hacer variaciones sobre un mismo tema.

Desaparicion de columnas enteras de mil hombres, ó de dos mil, ó de más; á gusto del consumidor.

Llegada de los cabecillas á media legua de las poblaciones. ¡Eso es de ene! Llegan, fuman un cigarrillo y luego se retiran victoriosos.

Paseos con entera libertad por una jurisdicción, y para desempalagar, incendio y saqueo á una ó dos fincas.

Apoderarse de ganado para dar banquetes en sus guaridas.

Muchos nombres de cabecillas en juego. ¡Mucha playa! ¡mucha playa!

Hé aquí la páuta para escribir un artículo en *La Revolución*.

El autor del que tengo á la vista, y del cual he copiado las anteriores líneas, debe ser un jóven aprovechado, pues ha aprendido bien la lección y posee ya el estilo de todos sus antecesores en el periódico laborante.

Pero ¡oh sorpresa! no es *La Revolución* el periódico que tengo en la mano.

¡Plagio, plagio! gritará Merchan.

El diario que ha escrito aquellos renglones se publica en Madrid, es español, se llama legitimista, cuenta veinticuatro años de existencia, y es el más importante de la época actual.

Con todos estos pelos y señales, ya será fácil conocerlo por detrás. Lo que será difícil es conocer la razón por qué inserta escritos que están calcados en otros que publican diariamente los periódicos filibusteros.

No es posible creer que haya mala fé en el colega madrileño. ¡Quién piensa en tal cosa! Mucho crédito ha adquirido en su larga carrera, ha juzgado siempre con buen criterio las cosas de Cuba, y su patriotismo ha figurado siempre en primera línea.

Pero ser patriota es una cosa y ser cándido es otra.

Y candidez muy grande se necesita para patrocinar noticias que han de hacer reír á las generaciones presente y futuras.

"La campaña de invierno de 1871 á 72 se ha distinguido, dice, por ser aquella en que ménos se ha adelantado respecto á la pacificación de la Isla."

"Y lo que él aquí escribió mantenido está por él."

Sin embargo, las comunicaciones telegráficas restablecidas en toda la extensión de la Isla; ocho mil presentados en las jurisdicciones de Sancti-Spiritus y Moron, que están entregados tranquilamente á las faenas de la agricultura, y la pacificación total de las Cinco-Villas, no son más que pretextos fútiles, para que se distraiga la atención pública y no vea que en efecto, la campaña de 1871 á 72 se ha distinguido por ser aquella en que ménos se ha adelantado.

Y no vea á Salomé Hernandez, muerto ya, cabeza y todo, mandando una partida y con traje de esqueleto salir á campaña.

Porque el autor del escrito asegura que Salomé Hernandez está en el Camagüey haciendo el mamí arrastrao, mientras *La Revolución* confiera que murió hace cinco ó seis meses, de unas calenturas, y el *Diario de la Marina* ha dicho que falleció al llegar á Jamaica hace poco.

Hay en la carta—porque es una carta,—un parafito del tenor siguiente:

"Todos los cabecillas tienen la orden de batirse lo ménos posible, como no sea con gran ventaja, y hacer andar mucho á nuestras tropas. Saben que así nos ocasionan muchas más bajas que sosteniendo tiroteos, y saben también que ellos pierden muy poca gente. Todos obedecen á esta consigna, y proceden con mucha más regularidad en sus movimientos que lo hacían ántes."

Con qué fruicion, y parece que hasta con verdadero conocimiento de causa, se habla en estas líneas de las instrucciones que han recibido los cabecillas.

Exactísimamente como los partes, verdaderos ó falsos, que publica *La Revolución*!

Yo no lo entiendo; será muy patriótico, muy honrado, muy conveniente introducir la desconfianza y mantener el país en perpétua inquietud, pero yo no lo entiendo así.

Si me dan el título de torpe, que me lo den; si me llaman simple, que me lo llamen; yo creo que lo más patriótico y conveniente es decir la verdad y levantar el espíritu de los leales.

Y la verdad se dice expresando, por ejemplo, que Luis Figueredo, á quien supone la carta paseándose tan robusto y tan fuerte por la jurisdicción de Manzanillo, ya no pasea por allí, sino que permanece escondido, con el pretexto insignificante de que lo han dejado sólo, pues sus compañeros le abandonaron, presentándose con armas á nuestras columnas.

Es un feísimo comportamiento el que han tenido los que se han presentado con el fin exclusivo de fastidiar á los que dan noticias de tres en quintal: lo siento, pero no puedo llorar.

No tenía más propósito que hacer pasar á ustedes un buen rato, dándoles á conocer algunos parafitos de la chistosa carta, que equivocadamente he atribuido á *La Revolución*.

He cumplido mi misión y sólo me falta ahora justificar el título de este artículo.

Tascar el freno le he llamado, ¿por qué, si no tiene aplicación...?

El autor del escrito dice que hasta ahora no ha hecho más que tascar el freno.

Pues buen provechito!

JUAN CAMAMA.

ARMONIAS POLITICAS.

Los radicales están en el poder.

Cómo se ha verificado esta milagrosa transición ministerial, yo no se lo diré á ustedes, por la sencilla razón de que no lo sé, aunque me propongo averiguarlo. En tanto, contentémonos con saber que el partido cimbro-monárquico-dinástico-radical de pura estirpe, á cuya cabeza está el señor Ruiz Zorrilla, ha logrado subir á lo más alto del pináculo gubernamental, y allí se sostiene dictando leyes para la Península, redactando telegramas apetitosos para Cuba y dándose gusto.

El suceso fué de lo más inesperado y de lo más....

Todo se creía posible, todo, hasta la llegada de la gorda, según el cariz turbulento de la política en nuestra trabajada nación, ménos lo que ha sucedido.

Es la actual una situación improvisada, maravillosa, increíble; se nos vino encima como caída del cielo, dejándonos petrificados y turulatos.

Teníamos legítimo derecho á esperar un ministerio del color que estaba en boga, más ó ménos subido, según las circunstancias, así como unionista, ó moderado, y hasta alfonsista ó tradicional, que todo cabe en lo posible, con sólo darle un jacarandoso quiebro á la Constitución y no hacerle caso; pero un gobierno radical.... ¡Oh! eso nunca.

Y precisamente radical lo tenemos, representado por los indispensables Zorrilla, Martos y Montero Rios, el amigo sincero de los curas españoles, que se desvive por proteger. De ello no cabe duda; lo hemos visto, oído, sentido, palpado y olido, y por cierto que despide un olorillo á chamusquina que trasciende.

Lo primero que noté al echarme á la cara la nomenclatura ministerial que está en uso, fué la falta del archi-feo Becerra, radical de pura raza y de lo más pintiparado para ministro; pero su ingrato partido no contó con él esta vez, tratándolo con tal injusticia que quema la sangre.

En el pecado llevará la penitencia; veremos cómo resolverá la cuestión de Cuba privado de la matemática experiencia becerril, á propósito como ninguna para que nos lleve el diablo temprano y aprisa.

El imparcial Gasset es el ministro de Ultramar que el radicalismo nos depará; escritor vehemente de 500 caballos de fuerza, hombre de estado fla-

mante y acabadito de estrenar, que abriga el caritativo propósito de hacernos felices y tenernos contentos como unas pascuas, contando con nuestra buena voluntad para entrar por uvas en la resolución de los pavorosos problemas políticos sociales, que son para algunos la espada de Damocles inexorablemente suspendida sobre nuestra chola, y para la generalidad de los españoles de Cuba, una especie de espada de Bernardo, que ni pincha ni corta ni puede meterle el resuello á gente bien armada y mejor dispuesta; literato distinguido, que

defenderá á todo trance
nuestra integridad gloriosa,
legislando en buena prosa
y decretando un romance;

pero defendiendo á España, en prosa y verso y como Dios le dé á entender, contando con la eficaz ayuda de todos los buenos patriotas que en Cuba aman su historia, su honra y su bandera, sin meterse en dibujos ni en jaleos políticos.

La revolución de Setiembre ha sido esta vez consecuenta, volviendo á su punto de partida, después de una fatigosa excursion de tres años por entre los vericuetos y sinuosidades de los diferentes partidos que le hicieron mentidas carocas. También ha sido un tanto consecuenta el monarca revolucionario al echarse en brazos del radicalismo, que hoy representa la revolución, de la que no se puede divorciar S. M., puesto que á ella debe su trono. El señor Ruiz Zorrilla, que dijo tan buenas cosas á bordo de la *Villa de Madrid*, no verá ya más puntos negros en el horizonte desde que está en situación de cubrirlos con una capa de reformista albayalde.

Basando la estabilidad de su poder en el pueblo, del que se cree apóstol, con el pueblo se reconcilia y le mima, dándole armas que no teme se vuelvan contra él y sin acordarse del previsor refran: *cria cuervos*, etc.

También se dice que el ministerio trata de jugarle á la Iglesia una mala partida, aunque no de peor condición que las partidas carlistas en que andan revueltos muchos miembros de la Iglesia.

En fin, podemos suponer piadosamente que se decretará en España una limpieza general de comederos, tal cual el presupuesto nacional la necesita para reponerse de su climatérica situación.

A los lectores de JUAN PALOMO, que pecan de lince, no se les puede escapar ni lo trascendental de la medida ni la prudente reserva que me obliga á dar aquí de mano á tan espinoso asunto.

Entre tanto, los jefes fronterizos é históricos se marchan á tomar el fresco al extranjero, disgustados de una situación en que no tocan pito y poco generosos para consentir en obedecer á los que exigen ciega obediencia cuando eran poder.

Sensible es que entre la poltrona que se les escapó y la proscripción que voluntariamente aceptan, no encuentren esos señores un término medio en España que los contente, tal como el de hacerse buenos y honestos ciudadanos, como tantos otros que valen lo mismo.

Serrano se marcha á Inglaterra, diciendo para su capote:

Para Londres me voy,
te lo vengo á decir,
porque no hay Dios que pueda
con la guerra civil.

Sagasta tomó el camino de Francia, decidido á contarle sus cuitas á Mr. Thiers, entre pucheros y suspiros.

¡Y bonito está Mr. Thiers ahora para que le vengán con andróminas!

Yo me quedo en la Habana para ver en qué paran estas misas, y repitiendo sin cesar el adagio: *Bien vengas, mal, si vienes sólo*.

JUAN PEREZ.

FRITURAS.

La riqueza particular de la reina Victoria de Inglaterra asciende á 40 millones de libras esterlinas, ó sean 200 millones de pesos.

Con algo ménos tendría JUAN PALOMO el pesar de despedirse de sus amables lectores.

En el Estado de Maine (Estados Unidos), hay una fábrica de limpia-dientes, y en esa fábrica varias máquinas, cada una de las cuales hace 5,000 limpiadientes por minuto.

Segun datos estadísticos recientes, se consumen en el mundo 250 millones de libras de café.

La China proporciona casi todo el té que se consume y el Brasil casi la mitad del café.

Un señor que se llama Alfonso Adhema anuncia que en el año 7253 ocurrirá otro diluvio como el del tiempo de Noé. El señor Adhema hace muy bien en anunciarlo con tanta anticipación; así no les cogerá desprevenidos á nuestros descendientes y tendrán tiempo de preparar sus arcas.

Segun datos oficiales, ascienden á dos millones los seres humanos que se dedican en la época presente á la antropofagia, ó sea á comer carne humana.

¡Vaya un entretenimiento!

La escena pasa en un tribunal.

—Testigo, ¿dónde vive usted?

—En casa de mi madre.

—¿Y dónde vive su madre de usted?

—Mi madre? vive con mi padre.

—Pero dónde vive su padre de usted?

—El? dónde ha de vivir? Con los viejos!

—Pero dónde viven los viejos?

—Toma! en casa.

El Presidente cae con un ataque apoplético.

En una reunion en que se hablaba de astronomía, exclamó un joven aprovechado:

—Señores, no me extraña que se conozca positivamente la distancia que hay desde la tierra á la luna, á Júpiter, á Mercurio y á las demás estrellas, pero lo que me asombra y me confunde es que se hayan podido averiguar sus hombres.

Un tomador de lo ajeno, que había ejecutado varios escamoteos con buena suerte, tuvo al fin el pesar de verse entre las manos de la policía.

Conducido ante un juez, éste le dirigió algunas palabras severas, afeándole su conducta y llamándole *ladron*.

—Sí, señor, contestó el reo, soy *ladron*, y qué? Usted ménos que nadie debería echármelo en cara. Si no hubiera *ladrones* que juzgar, se moriría usted de hambre.

El otro día pasaba yo por delante de un *restaurant*. . . no diré cuál, porque dicen que es bueno referir el pecado y no el nombre del pecador.

A la puerta estaba el dueño con un celebrado médico. . . tampoco diré su nombre, porque si alguna vez cayera en sus manos. . . ¡Cáspita!

Pero lo que sí no puedo ménos de contar, porque es tremendo, son las palabras que cogí al vuelo mientras me hallé próximo á los interlocutores.

—Con que, decía el facultativo, espero que me enviará usted muchos clientes.

—Descuide usted, contestaba el fondista, *eso corre de mi cuenta*.

La escena es entre dos quebrados de segunda. —Dime, china, qué vestido piensas llevar al baile?

—Un traje de color *modaro*.

—Se dice *morado*, hijita.

—Es que yo hablo en *pludal*.

JUAN DE JUANES.

LA PESETA FALSA.

Es un caso particular, que me confunde y apenas quiero escribir mis memorias y me falta la *idem* en el punto más esencialísimo de mi vida.

No recuerdo dónde, cuándo ni cómo nací.

Mis biógrafos carecerán de ese dato importante, que es como el punto de apoyo indispensable á toda palanca para levantar hasta las nubes entidades nebulosas del tenor siguiente.

Debió ser de noche, y en lugar oscuro, porque esa época es la elegida para todos los gatuperios, y la oscuridad es la compañera inseparable de la nulidad.

No soy yo, sin embargo, tan nula como lo parezco.

Aunque mi valor se parece al de la gente manigüera, que es un valor postizo, he prestado muy buenos servicios á la humanidad, y todavía quién sabe lo que el destino me reserve.

El primer dueño que recuerdo era una pobre que no tenía que comer. Me encontré en la calle, porque la rotura del paquete en que iba con algunos centenares de compañeras de mi jaez me separó de aquellas, librándome del naufragio que les estaba reservado en los mares borrascosos de la policía, en que suelen perderse todas las malas causas.

Como mi dueño tenía hambre, pasé de sus manos á la de un panadero que no se entretuvo en examinar mi catadura ni mi sonido: ¡que si se entretiene. . . !

No había trascurrido una hora cuando un hombre serio, muy serio, que parecía mujer, como que vestía larga saya negra, vino á ver al panadero y le dijo ciertas cosas al oído que debieron alegrarle.

Figúrense ustedes si le alegrarían, que me sacó del cajón y fui á parar directamente á un gran bolsillo del susodicho cu. . . ¡por vida de. . . ! por poco digo una barbaridad.

Dos días estuve recibiendo, ya en casa del consabido sujeto, visitas de entidades de mi especie, aunque no de mi clase. Después de ese tiempo, fuimos todas bien empaquetadas y emprendimos el camino de Roma en compañía de mi colector y otros dos caballeros de su estofa.

En Roma se nos remojó con cierto decoro y se nos entonó un canto que parecía el oficio de difuntos.

Después marchamos á Ginebra. Allí encontramos un hombre, ó cosa que lo parecía, que se asemejaba á un tonto y al que todos llamaban *Majestad sétima*.

Este dispuso que de todas nosotras se formasen pequeños paquetitos con destino á no sé qué. Como nunca viene sólo una desgracia, á la que experimenté por verme alejada de mis compañeros de viaje, se unió la de una mala compañía. Me asociaron á un Napoleón; figúrense ustedes. . . !

Volvímos á España. Nos destinaron, con un fusil viejo, sin laqueta ni piston, á un sacristan que nos guardó (á mí y al Napoleón) en lo más hondo del bolsillo de sus pantalones.

Mambrú vino á la guerra. . .

Y el sacristan, fiel á su consigna, cambió el bonete por una boina, y se echó al verde, gritando: ¡viva Carlos VIII!

Hallábase el buen sacristan en la misma ocupación y entretenimiento que el rey don Sancho al ser herido por el bribon Vellido Dolfos, cuando el viento llevó á sus oídos estas palabras: ¡Moriones! ¡ahí viene Moriones!

En su tribulación por correr, dejó los calzones en el suelo, y entró en el monte.

Un soldado encontró la prenda, de la que no llegaron á interesarle más que mi socio y yo.

Ya en su bolsillo, por esto, por aquello y lo de más allá, pidió mi soldado venir á Cuba á matar mambises. Y así lo ha hecho.

Pero como el calor era grande, y el recuerdo de la patria no se apartaba de su mente, aquel calor y este recuerdo le pusieron triste, hipocondríaco y meditabundo.

Fué al hospital, y todos los físicos convinieron en que aquella tristeza no podía curarse más que con una alegría de tres kilómetros.

Se presentó un vendedor del JUAN PALOMO, le propuso un número, lo tomó á trueque de mi entidad, se puso á leerlo, y tanto y de tal modo rió, que ya se halla gozando de la más completa salud que yo para mí deseo.

Mi personita fué á parar á la Administración del periódico, de donde salió para ser propiedad del buen JUAN que escribe mis memorias.

Este no quiere que mi vida concluya en sus bolsillos, es rumboso y desea lucirse, á cuyo fin me encarga diga á ustedes que estoy á su disposición para lo que gusten mandar.

¡Digo, si será generoso!

Aquí acaba mi historia. Si ustedes, que ya la conocen, me encuentran por ahí, por Dios, conserven el secreto de mi calidad, y no digan que soy UNA PESETA FALSA.

He dicho.

JUAN CENTELLAS.

CANCANES CARLISTAS.

En la confusión producida por la sorpresa de Oroquieta huyó don Carlos acompañado de Manterola y de otro cura, entrando en Francia.

(Noticia que *espampana*.)

Después que estuvo perdido una, dos ó tres semanas el biznieto de cien reyes de *bastos, copas y espadas*, ha parecido en un monte

[siempre al monte vá la cabra]

en cuclillas escondido

detrás de frondosas matas.

Está con él Manterola,

que es todo un padre de almas,

fuerte, robusto, arrogante,

carlista de buena alzada,

ya cerrado, pero joven,

sin sobrehuesos ni máculas.

—Vicente, dame un cigarro,

le dice el de la zamarra.

Y Vicente presuroso,

debajo de la sotana

busca una media de seda,

dulce recuerdo del ama,

y que en estos tiempos hace

el oficio de petaca.

[Distingo; quien hace oficio

de tal cosa no es la dama,

sino la media: hablar claro

conviene y no cuesta nada].

—¿Cómo me porté, Vicente,

en esta heroica jornada?

—Señor, cual cumple al decoro

de un hijo de cien monarcas.

—¿Hijo soy de tanta gente?

—Así lo afirman las páginas, que de oro son en la historia de la estirpe más preclara.

—¿Hijo de cien. . .

—¡Caballitos!

—Pues lo que es mamá. . . ¡Caramba!

Un legitimista francés le entregó en oro dos millones de francos, con los cuales volvió á España, acompañándole un tal Gomez.

(Noticia que *descoyunta*.)

Después que estuvo perdido entre las breñas de un monte una, dos ó tres semanas sin quitarse los calzones ni dormir bajo techado ni echar del cuerpo el cerote, halló quien le diese un *pico* y entró en España una noche. —Rico soy, iba diciendo, apuesto, elegante, joven, hijo de ciento. . . ¡qué ganga! y además rey ¿quién me tose? A este tiempo su caballo un relincho lanzó enorme, y levantando las patas, soltó al aire un par de coces. —¿Cómo te llamas, guerrero? don Carlos pregunta al hombre que silencioso le sigue custodiando los millones. —Súbdito fiel yo me llamo, que es para mí grato nombre. —Muchas gracias, lisongero hoy estás, pero responde, ¿cómo te llamas?

—Gran Duque,

todos por fiel me conocen.

No bien dijo estas palabras,

se escucharon muchas voces

y ruido de caballos

y cornetas y tambores.

—Son las tropas del gobierno,

dice Carlos, y se enconde.

Como el peligro se acerca,

el *súbdito fiel* entónces

vuelve grupas al caballo

y se vá á todo galope,

diciendo á gritos:—Señor,

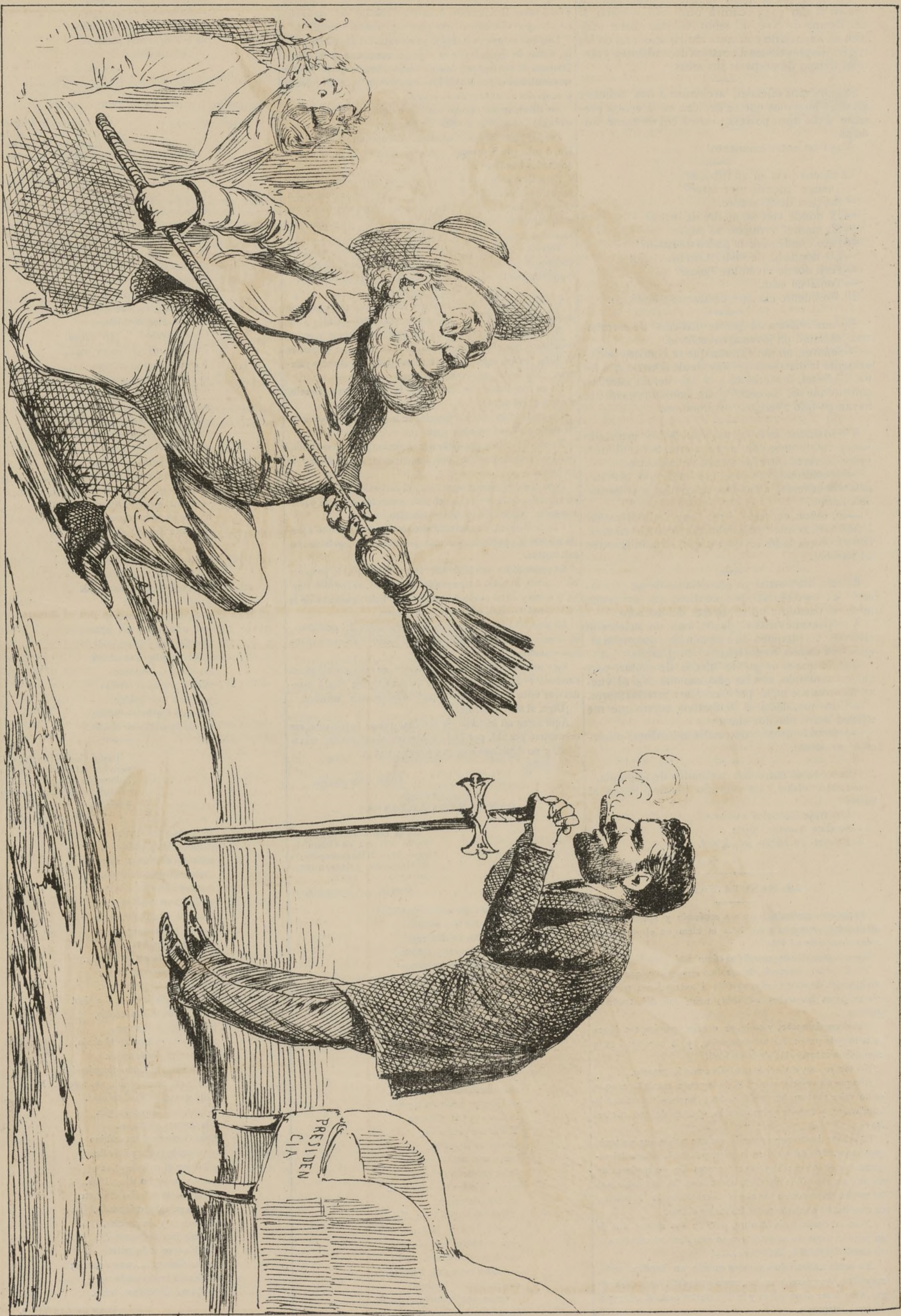
yo me llamo *Lúcas Gomez*.

Dicho Gomez llevaba el dinero en caballerías, pero en la Peña de Roldan desapareció sin que se haya vuelto á saber de él.

(Noticia que *derrite*.)

Después que estuvo escondido entre breñas y peñascos, teniendo á todos su ausencia con muchísimo cuidado, entró en España muy terne una mañana temprano. Iban con él un tal Gomez y cinco mulos cargados, desde la oreja á la cola con dos millones de francos. Es decir, que componían entre todos siete machos. —Soy hijo de cien. . . y pico! iba el joven murmurando, tengo dinero de sobra, me espera un trono allá abajo, y mi mujer desde arriba me vá hácia el trono empujando: ¿quién me tose? ¿quién me tose. . . ? y dió un relincho el caballo. —Escucha, Gomez, vigila mis tesoros adorados. Pero Gomez vió un camino quizás más recto y más llano, y fué por él más de prisa que un despacho telegráfico. —Triste de mí dijo el joven cuando se vió abandonado; sin Gomez y sin pesetas, á dónde irá, cielo santo? Me dijo que se llamaba *Lúcas Gomez*. . . no es exacto; confundió los individuos; yo *Lúcas Gomez* me llamo.

JUAN DE LAS VIÑAS.



GREELEY Y GRANT.

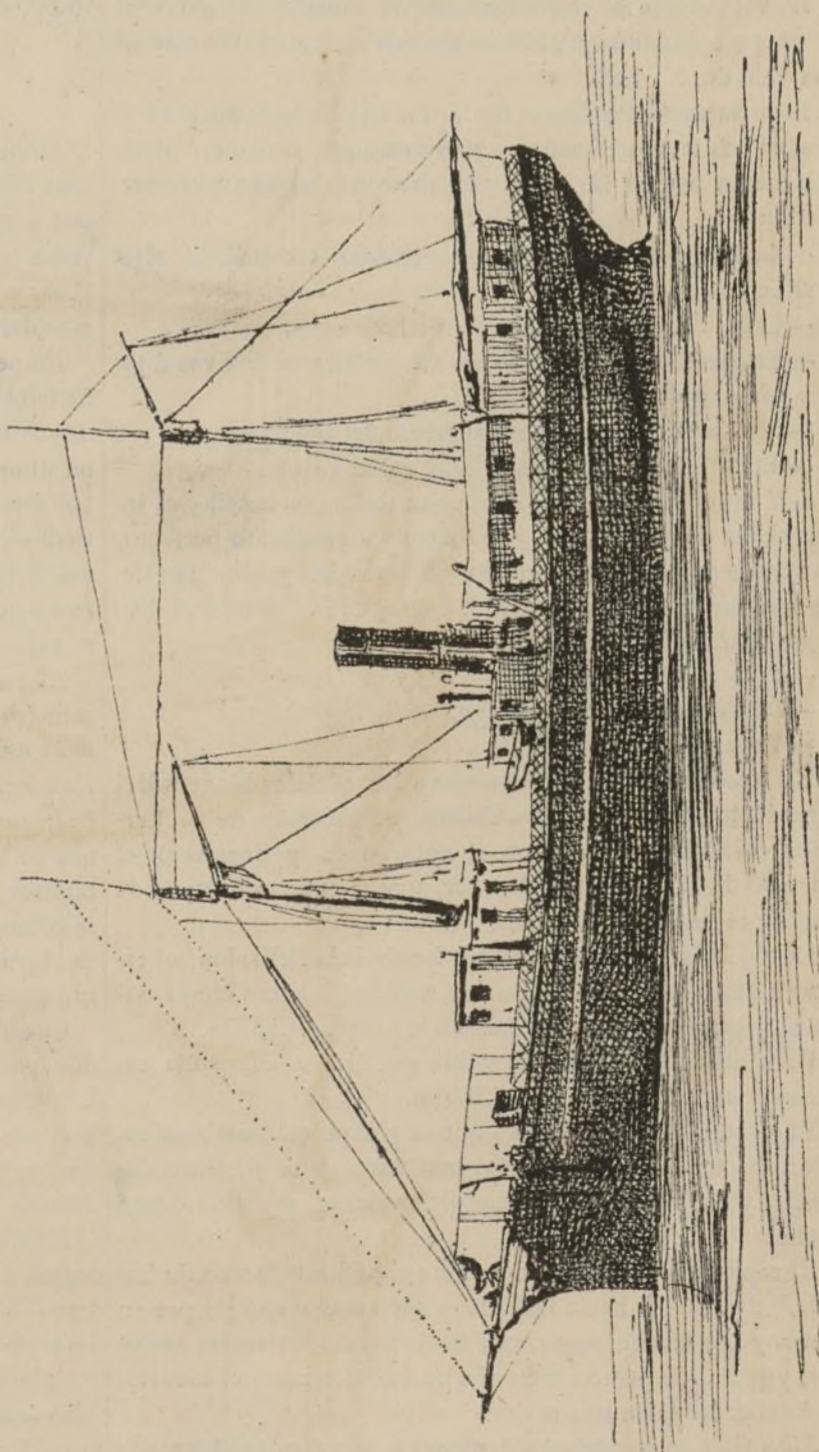
Los dos rivales para la presidencia de los Estados-Unidos.



LA REVOLUCION.—Le doy á usted un millon de gracias, amiga EPOCA, por sus correspondencias de la Habana. Parecen escritas por el mismo Manolito Céspedes en persona.



Excmo. Sr. D. Eduardo Gasset y Artime, Ministro de Ultramar



Vapor filibustero *Fanny*, que recomendamos á nuestros cañoneros.

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 20 DE JUNIO.

En este mundo hay novelas que parecen historias, é historias que parecen novelas.

De estas últimas es la historia de las hermanas Victoria C. Woodhull y Tennie C. Claflin.

Pero es una historia muy larga de contar, y hoy sólo me propongo anticiparte un capítulo de la biografía de Miss Claflin.

Ante todo, debo decirte que esta jóven tendrá á lo sumo 24 años, y que no tiene pelo de tonta, ni pizca de fea.

Pero yo, que he hablado con ella más de una vez en su misma casa, puedo asegurarte en confianza que le falta un tornillo en la máquina cerebral y que tiene los otros poco apretados.

Como en otras cartas te he hablado ya de ella y de su hermana, no necesito repetirte que ambas tienen un escritorio en la parte comercial de la ciudad, que se dedican á negocios de corretaje, que han publicado libros sobre asuntos políticos, económicos y sociales, que redactan un periódico semanal, que son partidarias del amor libre, enemigas del matrimonio y abogadas de los derechos políticos de la mujer, que hacen discursos en público para propagar sus doctrinas, que la hermana mayor es hoy candidata para la Presidencia de la República, y que la menor, de quien voy á ocuparme, se ha presentado como candidato para representante en el Congreso.

No hace mucho tiempo, cuando se trató de elegir coronel para el Regimiento 9º de Milicia del Estado, en reemplazo del que interinamente había sucedido á Mr. James Fisk, de célebre memoria, Miss Claflin escribió una carta á uno de los oficiales, ofreciéndose como candidata para la coronela y prometiendo mantener el regimiento en el mismo estado de esplendor en que lo había dejado el "Príncipe del Erie."

Ofrecía además comunicar su ardor bélico á todo el regimiento, é inflamarlo y electrizarlo en casos necesarios.

Añadía que no debía ser óbice la cuestión de sexo, porque Juana de Arco era mujer, y sin embargo, ha dejado en la historia la recordación de grandes proezas.

Y á pesar de todas estas razones, el Noveno Regimiento tuvo la poca galantería de rehusar su candidatura.

Pero no desmayó Miss Claflin por esta contrariedad; ántes bien, tomó á pecho las cosas y determinó ser coronela, aunque á ello se opusieran todas las fuerzas civiles y militares de este mundo y de los otros.

¡Y qué es lo que no consigue una mujer jóven, bonita y atrevida, cuando á ello dirige sus deseos y su firme voluntad!

Miss Claflin se salió con la suya. Lo que no quiso darle el Noveno Regimiento, se lo dió el Regimiento 85º, y hoy la señorita Claflin es una coronela hecha y derecha.

Es verdad que el Regimiento 85º se compone de gente de color; pero qué importa! ¿No vale más ser cabeza de sardina que cola de.... pez?

Poco ántes de resolverse tan árdua cuestión, estaban en el cuartel dos tambores negros (advierde que no quiero decir que fuesen negras las cajas) y entablaron la siguiente conversación:

—Zambo, ¿qué te parece de nombrar coronela á Miss Claflin?

—Calla, Tom, que la boca se me hace agua.

—Es que á menos que no nos dé uniformes nuevos á todos yo me opongo.

—Pero será divertido verla al frente del regimiento.

—¡Si de pensarlo me pongo lelo! ¡Qué gusto!

—Y así es probable que se reunan todos los batallones incompletos de nuestra raza y se forme un regimiento perfecto, que cause admiración al mundo. Somos 900 y sólo 250 tienen uniforme; si Miss Claflin se encarga de vestirnos á todos, le garantizo mi voto.

—Y yo el mío.

—De lo contrario, me opongo.

—Y yo también.

Un poco más tarde llegaron todos los oficiales blancos del regimiento de color, y Miss Claflin, acompañada de su hermana Victoria, se sentó en el entarimado y presenció el ejercicio de los milicianos de color, que al pasar por frente de ella le presentaban las armas.

Después de alineada la milicia á cada lado del salón, el capitán Griffin expuso el objeto del *meeting*, que era elegir coronel, y propuso como candidato á la señorita Claflin.

El capitán Lee se adelantó y dijo que él y su compañía estaban á las órdenes de Miss Claflin.

El capitán Parker manifestó que él y unos 42 hombres estaban dispuestos á obedecer los mandatos de la presunta coronela, y que estaban á su disposición desde aquella misma noche.

El capitán Warfield, cuyo nombre significa "Campo de batalla," dijo que él había luchado y derramado sangre por su patria y por la raza negra, que había estado en varias acciones, y que no le parecía bien que un valiente como él estuviese á las órdenes de una mujer.

Miss Claflin se adelantó entónces y dijo que también ella había peleado y derramado sangre, aunque no en el campo de

batalla, y que tiene bastante sangre para derramar y bastante valor para derramarla en el campo del honor, y que precisamente por eso quería estar al frente de un regimiento, porque imaginaba que no está lejos el día en que habrá de correr la sangre hasta enrojecer la bandera del regimiento y convertirlo en trazo rojo. Ya sé que en tiempo de paz vivirá tranquilamente en el lujo y en el fausto, y que la coronela será un pequeño Eden por el que correrá el deleite á rios; pero en cambio, cuando llegue el caso y el cuerno de la guerra nos llame á pelear, yo me pondré á la cabeza del regimiento y los dichos arroyos se convertirán en torrentes de sangre. Pero no puedo aceptar la coronela del regimiento á menos que se me elija por unanimidad, y puesto que hay un oficial que se opone á ello, me retiro por deferencia al capitán Warfield.

Este volvió á hacer uso de la palabra para repetir lo que ya había dicho, y como los milicianos de color acogiesen sus palabras con gritos de ¡*Afuera!* ¡*Afuera!* ¡*Tirémoslo por la ventana!* acabó presentando su dimisión, que le fué admitida en el acto.

Luego el capitán Griffin, que parece tenía mucho interés en que la señorita Claflin entrase en la plana mayor del regimiento, propuso que se la nombrase coronela por unanimidad y por aclamación.

Y con una gritería espantosa fué aclamada coronela la señorita Claflin, la cual se retiró muy satisfecha á su casa después de dar las gracias á sus electores.

Anteayer, mientras tomaba mi *lunch* ó tente-en-pié, en el restaurant *Delmónico* de la calle de Broad, cerca de la Bolsa, oí el siguiente diálogo entre dos corredores:

—Estoy esperando con ansia el día 4 de Julio para ver salir á Miss Claflin al frente de su regimiento.

—¿Y qué te parece, Billy, crees tú que se vestirá de coronel?

—De diablo es capaz de vestirse ella para llamar la atención.

—Sí, pero no creo que se vista de hombre. Se pondrá tal vez alguna chaqueta ó dorman, y chacó, y caponas, pero llevará faldas y montará á la mejicana.... porque....

En esto entró un apuesto jóven, corredor también, y riendo les dijo:

—Camaradas, acabo de ver el uniforme de coronel que se ha mandado hacer Tennie C. Claflin.

—¿Y cómo es?

—Ni más ni menos que el de James Fisk.

—¿De hombre?

—Enteramente.

—¿Con pantalones?

—Por supuesto.

—¿Y montará á horcajadas?

—Sí, hombre, sí.

Y los tres corredores soltaron la risa á todo trazo y bebieron una copita á la bitola que hará la coronela del Regimiento 85º montada á caballo al frente de la tropa de color.

JOHN BULL.

MADRID, 28 DE MAYO.

Mi querido JUAN PALOMO: Fecundísima ha sido esta quincena en noticias de todas clases; las ha habido de todas especies y condiciones, y bastantes, por lo tanto, para satisfacer todas las opiniones, todos los gustos y hasta todos los caprichos, y por lo mismo yo no sé por cuáles decidirme para complacer á los lectores de JUAN PALOMO.

Empezando por las festividades, te diré que hasta en eso ha habido noticias de índoles distintas. La fiesta de San Isidro se empezó el día del santo bendito, como te anunciaba en mi última carta, y no habiendo podido asistir yo aquel día por una indisposición repentina, tuve que recurrir á los periódicos para saber lo que había allí pasado. Esto, que desde esa distancia te parecerá á tí quizás muy fácil, es tan difícil como gobernar en España á gusto de todos los partidos que se agitan en el estrecho círculo de la política.

Al día siguiente de la fiesta eché mano á un periódico, al primero que tuve más cerca; el cual decía una friolera; decía nada menos que había habido en la peregrinación de San Isidro *ciento treinta y seis* heridos, la mayor parte de gravedad; que se había ensayado el petróleo en aquella fiesta, y que se habían quemado con él más de trescientas casillas ó puestos, pereciendo cincuenta niños y doscientas mujeres con ocasión del fuego, y que aquello había sido un nuevo campo de Agramante, en el que el afortunado que había podido escapar con vida, bien podía atribuirlo á un milagro.

Cuando yo leí esto, me quedé con tamaño boca abierta, y dije para mis adentros; ¡pues, señor, ya se armó la gorda! Los pícaros estaban aguardando una ocasión, y la han encontrado en el belén de San Isidro, y si queremos salvarnos todos, tenemos que echar mano á los *manojos* y ponernos en defensa.

Esto dije, y en seguidita cogí otro periódico, en el cual se aseguraba que la fiesta de San Isidro había pasado con toda tranquilidad; que apenas había habido tres ó cuatro contusos leves de caídas, y alguno que otro escandalillo debido á la alegría que produce el vino. Y si bien era verdad que se habían incendiado algunas barracas por una imprudencia, las pérdidas no habían sido de gran consideración, no habiendo que lamentar ninguna desgracia personal.

Y después de leído esto último, empezaron mis apuros por averiguar la verdad del caso. Los amigos estaban todos tan acordes como los periódicos; cada uno me decía una cosa distinta, producida no por lo que había visto ó oído, sino por lo que le aguijoneaba el deseo, según sus opiniones políticas y el estado de excitación de su ánimo. Y es que ya en España hemos llegado á la halagüeña situación de no poder prescindir de la pasión política en sus extremos más deplorables ni aún para rascarnos las narices.

Después de todo, las fiestas de San Isidro han pasado como todos los años; ha habido mucha borrachera, alguno que otro trompis, más ó menos navajazos y mucho bailoteo y mucha jarana.

Por la muestra puedes sacar el paño; por lo que en el mismo Madrid se ha mentido y exagerado con ocasión de la fiesta de San Isidro, puedes calcular, mi querido JUAN PALOMO, lo que se exagerará y mentirá con relación á la insurrección carlista y á las operaciones militares de nuestras columnas. En unos treinta periódicos se dan en Madrid diariamente trescientas mil noticias contradictorias sobre unos mismos hechos; y tan pronto nos participan unos que los jefes carlistas vienen todos á marchas forzadas sobre Madrid, como nos dicen otros que ya no se encuentra en toda la Península ni un faccioso siquiera para un remedio, y hay hasta quien pelea á brazo partido porque sus invenciones prevalezcan; y á lo mejor se encuentra uno en un café ó en la misma Puerta del Sol con dos ó tres *sujetos*, como diría *La Correspondencia*, que andan á trompadas, á palos y hasta á cuchilladas para convencerse unos á otros de la verdad y bondad de sus noticias. Esto ya parece la locura, y lo es; si seguimos así, muy pronto creo que nos vamos á trasladar todos á Leganés, que es donde parece que en España existe el mejor establecimiento de dementes. Verdad es que nosotros somos algo exageradillos en todo. Hubo un tiempo que se llamó de la caballería, y entónces nos hicimos todos caballeros andantes, hasta tal punto que fué necesario nada menos que un Cervantes para matar con el ridículo aquella mono-manía. Vino luego la moda de los frailes, y la España entera se convirtió toda ella en un gran convento de frailes y monjas, llegando ya hasta el caso de que el mismo rey, jefe del Estado, no estaba muy contento si no hacía el papel de un prior ó de un abad. Ha llegado ahora el tiempo de la libertad, y ¡viva la Pepa! ya no pensamos, ni los chicos ni los grandes, ni los pobres ni los ricos, ni los sábios ni los ignorantes, más que en la cosa pública, y en la administración del Estado, y en la gestión de la Hacienda, y en los derechos de ciudadanos. Y no nos andamos con chiquitas, eso sí: lo mismo llamamos ladrón al primer ministro, cuyo nombre se nos viene á la boca, como decimos que Castelar es un charlatan y que Pí y Margall es un ignorante. Aquí no hay escape: ó somos ó no somos hombres públicos y todos personas de pró. Buen cuidado nos dá, á nosotros los españoles de ahora, de la razón, ni de la justicia, ni de los deberes, ni de la necesidad de encauzar los negocios por el camino de la legalidad y del orden. Nó, señor, nó; ahora no hay más remedio que ser todos hombres públicos y políticos; y todos tenemos el derecho de murmurar, y de entorpecer, y de perturbar, y de despellejar al lucero del alba.

Con este sistema, ya puedes calcular, querido JUAN PALOMO, cómo estaremos de noticias. En esto, como en todo, influye la pasión política, y ya la cuestión de saber las condiciones de un hecho cualquiera es la cuestión de *la mar*. Desde la acción de Oroquieta, de la cual salió el Pretendiente á uña de caballo, ya lo han matado definitivamente lo menos tres ó cuatro veces. Ha habido periódicos que han dado todos los detalles de su muerte, y cómo el caballo salió desbocado, y cómo lo lanzó al suelo y lo estropeó en la caída, y cómo, por último, le sobrevino un derrame cerebral y se fué al otro barrio. Y en seguida otro periódico se viene contando cómo está tan bueno y tan sano y tan gordo y tan hermoso.

Yo tengo parte de que la mayor parte de estas invenciones reconocen por base operaciones de bolsa además de los impulsos de la política. Y la verdad es que con aquellos impulsos y estos vaivenes el país baila que es un gusto, y el crédito amengua, y la riqueza pública se consume; y ¡la mar! querido, ¡la mar!

La política, como pasión de ánimo, vá tomando algunos de los caracteres del amor; y después de todo vá á convertirse en un recurso muy socorrido para los novelistas y para los poetas; porque ofrece la ventaja, como le sucede á la pasión del amor, de poderla presentar del modo que se quiera sin exponerse á que ninguno dude ni pida cuentas de la verosimilitud de los hechos que una y otra produzcan. Léjos de eso, ya en la pasión política, como en la del amor, lo más inverosímil es lo que parece siempre lo más cierto, y por lo tanto no te extrañe si en alguna de mis correspondencias te cuento alguna *papa* muy gorda con relación á la política, revestida con las galas de la novela ó las flores del romance.

Mientras la insurrección carlista se acaba, lo cual en mi concepto creo que no tardará mucho, hemos pasado también por una crisis política y ha cambiado el Ministerio.

Yo, salvo error de suma ó pluma, y sobre todo, prescindiendo de pasiones políticas que ni caben en mí ni en JUAN PALOMO tampoco, me he alegrado hasta cierto punto de este cambio, porque me parece que con él nos iremos ya aproxi-

mando al turno necesario para equilibrar la administración pública. Y digo aproximándonos, porque todavía hay concesiones que no me explico en el sistema constitucional. En este sistema, en mi concepto, han de alternar precisamente los dos partidos rivales, el conservador y el más avanzado; y sólo pueden obtenerse buenos resultados cuando uno y otro tienen completa libertad de acción en la esfera del mando. Cuando hay maridajes y combinaciones, todos son entorpecimientos y dificultades.

Hoy ya parece que vá pensándose en esto, pero poco á poco y sin decisión; lo cual seguirá indudablemente causando algunas perturbaciones. Yo no comprendo combinaciones de elementos opuestos en política, á no ser que se hagan para satisfacer ambiciones personales; y creo que ciertos desórdenes y ciertas perturbaciones nacen de estas combinaciones monstruosas. Cuando el partido más avanzado necesita establecer su sistema, debe dejarse sólo y en completa libertad para que lo establezca; y cuando después se necesita que el partido conservador afiance y asegure las conquistas que el otro partido haya hecho, y encáuce la sociedad por el camino del orden, debe dejarse también sólo y en completa libertad para el planteamiento de su plan de gobierno.

Cuando esto no se hace, ni los unos ni los otros pueden llegar al término de sus aspiraciones, porque todos encuentran dificultades insuperables en su camino.

Con esas otras combinaciones que se hacen por miedo y por falta de decisión, lo que sucede es que se parodia aquell del pintor aquel que decía:

En union con mi aprendiz
pinté un día este retablo;
si está bueno, lo hice yo,
y mi aprendiz si está malo.

Veremos, pues; y adelante con los faroles, que por hoy ya hay bastante. Siempre tuyo,

M. HIRALDEZ DE ACOSTA.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO QUINTO.

EL CHAVALLILLO.

XVIII.

¿Adónde iba Víctor Guillen?—El mismo no lo sabía, porque en el estado de abatimiento en que se encontraba al salir de la fonda, no dirigía la voluntad sus pasos; la entrevista con *El Chavallillo*, ó el recuerdo que en él había despertado la fisonomía del joven, habían producido ese trastorno moral, cuyos efectos sentía más fuertemente al verse sólo en las oscuras calles de Nuevitás. ¿Adónde iba? volverá á preguntarme el lector; y acaso, con el derecho innegable que le asista, añada: ¿Quién es esa Javiera que se ha colado de rondón en el cuento, sin que hasta ahora tengamos de ella más noticia que una simple referencia en el diálogo del voluntario jerezano con Frasquito Contreras?

Voy á satisfacer al lector; y para hacerlo convenientemente, daremos un pequeño salto atrás, embarcándonos en el vapor que zarpó de Cádiz conduciendo á Cuba el batallón de andaluces; de ese modo nada se esconderá á la curiosidad de los que me honran leyendo mis narraciones históricas, y nada les quedará á deber.

El vapor-correo iba como un pez por el agua, impulsado por el viento favorable y por la máquina; la pintoresca bahía de la antigua Gades, de la *tasita de plata*, como la llaman los extranjeros con sobradísima razón, empezaba á perderse en el horizonte, confundiendo sus edificios, y pronto, sólo un punto blanco ofrecería á los nublados ojos de los expedicionarios, que abandonaban allí su hogar y sus familias para venir á esta tierra lejana en busca de peligros que los amenazaban con no volver á saludar su playa querida.

Víctor Guillen, de pie en la popa del buque, apoyado en la obra muerta, tenía la vista clavada en el puerto, que parecía huir de él, siendo él quien huía del puerto; cuando ya no pudo distinguir los edificios, y sólo una faja le anunció que allí quedaban sus memorias, oprimióse el corazón y algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos; vió á sus padres llorando por su inesperada ausencia; vió á Consuelo Vargas acometida de crueles congojas; vió á sus amigos que le buscaban inútilmente.... Y pronto nada vió, porque la mar parecía haberse tragado á Cádiz; y sólo cielo y agua había al rededor del barco que le llevaba.

¡Oh! ¡qué terribles momentos los primeros de la ausencia! Víctor sintió impulsos de arrojar al mar y volver á Cádiz nadando; pero al punto comprendió que su fantasía acalorada le hacía acoger un delirio irrealizable, pues no habrían bastado las fuerzas de cien atletas para vencer á nada la distancia que ya le separaba del puerto. Contentóse con lanzar algunos suspiros profundos que, convertidos en amargos sollozos, volaron en alas de la imaginación, protegidos por Eolo, y fueron á Cádiz á saludar la playa que había abandonado.

Por fortuna, sintió en su enagenación que una mano se posaba en su hombro, y al volverse, vió al capitán Rodríguez, que le dijo sonriéndose:

—¡Hola! ¿estamos en muda contemplación?

—¡Ya se perdió Cádiz en el mar! ¿Quién tendrá la fortuna de volver á pisar su suelo?

—¿Quién? preguntó Dominguez encogiéndose de hombros. Usted y yo y todos. ¿Quién se ocupa ahora de eso?

—Yo, mi capitán, porque dejó allí todos los seres queridos de mi corazón.

—¡Bah! ¿Y cree usted que yo también no los dejo? Pero el militar debe acostumbrarse á estas separaciones.

—¡Es que estas separaciones suelen ser eternas! repuso Víctor dando un nuevo suspiro.

—Tal día hará un año, Guillen; tenemos la vida prestada, y cuando menos pensamos, se presenta una onza de plomo, con el carácter de implacable cobrador, á reclamar lo que no nos pertenece. Vaya usted familiarizándose con la muerte, y eso tendrá adelantado.

—Peor que la muerte es la vida de la ausencia!

—¡Cáspita! ¡discurre usted de una manera bien extraña! La ausencia tiene un remedio, mientras que la muerte cierra todas las puertas á la esperanza.

—¡La ausencia es horrible! balbuceó Víctor Guillen.

—Me parece que ha andado usted algo ligero en alistarse en el batallón; y lo peor es que ya no tiene remedio; no olvide usted que la ordenanza es inexorable, y que no se compadece de los sentimientos del corazón.

—Cumpliré con mi deber, mi capitán; no hacía más que evocar los recuerdos que me atormentan.

—Segun eso, ¿deja usted en Cádiz alguna mujer que á estas horas aumentará el caudal de líquido del mar, arrojando sobre él un torrente de lágrimas?

—¿Quién sabe! murmuró Víctor.

—Lo sé yo, dijo el oficial riéndose, porque lo está usted declarando en sus palabras.

—¡Yo la olvidaré! exclamó el voluntario, como poseído por una idea repentina.

—¿Por qué ha de olvidar usted á esa infeliz criatura? Lo que debe usted pedir á su suerte, si la ama, es que ella no ponga pronto por obra lo que usted acaso intentará inútilmente.

Víctor Guillen se estremeció al oír las palabras del capitán; y añadió:

—¡Oh! sí, sí! la olvidaré!

—En ese caso, hay en Cuba mujeres magníficas que servirán á usted de poderoso auxiliar para llevar á cabo la idea que le preocupa.

—¿En Cuba? preguntó el joven maquinalmente.

—¿Quién lo duda? ¿No ha oído usted hablar del mérito de las criollas?

—¡Ojalá!

—Pero deje usted á un lado sus recuerdos, sus suspiros, la gaditana que se queda y las criollas que le esperan, para vivir de lo positivo; aquí el corazón se guarda en la mochila á fin de que no estorbe, porque á bordo es prenda inútil, y cede su puesto activo al estómago, que tiene siempre en todas partes sus exigencias legítimas.

—¿Por qué me dice usted eso, mi capitán?

—¡Toma!.... ¿No ha oído usted esa campana?

—No me fijé en el toque, ni conozco el aviso.

—Pues es lo primero que en los barcos se aprende, contestó el oficial sonriéndose; tocan á rancho.

—No tengo apetito, dijo Víctor con disgusto, ya porque su preocupación se lo robaba, ya porque no se encontraba con resolución para participar del pobre rancho del soldado, estando acostumbrado á disfrutar en su casa de una comida suculenta.

—Pues hace usted mal en reñir con el estómago, porque es la primera necesidad á que debe atenderse en todas las épocas y en todos los lugares.

—Hoy no como.

—Peor para usted. Y en prueba de que no pensamos de la misma manera, abandono á usted á su inapetencia, y voy al comedor á saborear la sopa, que por mala que esté, me calentará el estómago; entre cucharada y cucharada evocaré los recuerdos de las personas queridas que dejo en esa tierra que como por encanto se ha evaporado ante nuestra vista. Adios, Guillen.

—A la orden de usted, mi capitán.

Y Víctor siguió clavado en la popa, buscando en vano con los ojos el puerto, que ya sólo veía con la imaginación y que creía adivinar entre las fantásticas nubes doradas por el sol poniente.

XIX.

Diez y ocho días después, el vapor entraba por la boca del Morro de la Habana, al son de la banda del batallón, que saludaba á la plaza y á sus hermanos, que lo recibían con los brazos abiertos. He dispensado al lector de la relación del viaje, porque nada importa á mi relato: bástele saber que Víctor había luchado mucho con sus recuerdos y había sufrido el tormento natural de los primeros días de la ausencia; pero al fin se había conformado con su destino, puesto que á nadie tenía que culpar de las contrariedades que ofrecía, y ya hablaba con entusiasmo de la causa de España, por la que iba á pelear, y comía con gusto el rancho, y anhelaba poner el pie en la Habana, de cuya ciudad le contaban maravillas algunos de sus compañeros que ya la conocían. ¿Quién sabe si recordaría las palabras del capitán Dominguez acerca del mérito de las criollas y esperaba encontrar en ellas el alivio á su dolor, olvidando á Consuelo Vargas?

Lo cierto es que Víctor Guillen, con su fusil en la mano, aguardaba impaciente el instante de saltar en tierra, y contemplaba con admiración los edificios de la ciudad, que como un panorama iba recorriendo, hasta que el vapor llegó enfrente de la Machina, donde atracó para hacer más fácil el desembarco de la tropa y el desembarque de los equipajes y efectos de guerra.

Al poner el pie en la rampa, oyó una voz que le gritaba:

—¡Mucho cuidado, Guillen!

Y al volver la cabeza vió al capitán Dominguez, que se reía con los oficiales del batallón.

—¿Por qué me decía usted eso, mi capitán?

—Porque vá usted cuesta abajo, y temo que por falta de costumbre se le enrede el fusil entre las piernas.

—¿No hay cuidado! exclamó Víctor cuadrándose como un veterano al pasar por delante de los oficiales. Cuando llegue el momento de hacer uso de mi compañero, se verá si sé manejarlo.

—Así lo espero, repuso Dominguez.

Guillen bajó rápidamente por la rampa, y corrió á formar en su compañía, que se iba reuniendo segun desembarcaban los individuos. Apenas el último hombre del batallón estuvo en tierra, la música aturdió los aires con una marcha patriótica, y los voluntarios andaluces se pusieron en movimiento, entre las aclamaciones del pueblo que los saludaba, habiendo de antemano llenado de arcos las calles por donde habían de pasar hasta el cuartelillo de madera en que debían alojarse.

Víctor Guillen no se acordaba en aquel día más que del fusil que llevaba al hombro, y pudo asegurar, sin temor de equivocarme, que ardía en deseos de entrar en campaña para pelear á la sombra de aquella bandera que le había traído de su suelo natal; pero al llegar á la calle de la Reina, eran tantas las damas que había en las ventanas y los balcones, que un impulso de curiosidad le hizo fijar los ojos en aquellas, marcando en seguida en su rostro una señal de admiración al encontrar tantas mujeres hermosas como abundan en Cuba.

Y cuando cruzaba por el paseo de Tacon, allá en sus adentros iba diciendo:

—No me engañó el capitán; son muy lindas las criollas, y bien valen la pena de que un mortal se trague toda el agua del mar para venir á verlas y á amarlas..... Pero Consuelo..... No sé si Consuelo es más hermosa que todas, ó es que la veo con los ojos de la pasión que me devora y no puedo desear por más esfuerzos que hago..... ¡Y ello es preciso! añadió mordiendo los labios con rabia; ¿para qué he venido á Cuba á dejar que me maten?..... ¡Porque me matarán!..... Buscaré la muerte, y si la muerte no oye mi súplica y me abandona á esta vida angustiosa..... entonces..... entonces, amaré otra mujer..... porque no hay duda que las criollas son muy hermosas.

En aquel momento llegaba el batallón enfrente del Cuartel de Madera, y el amante Víctor Guillen dejó su personalidad para convertirse en el soldado que tenía que obedecer las voces de mando del capitán de su compañía.

(Continuará.)

JUAN SIN-TIERRA.

SARTENAZOS.

El ilustrado jurisconsulto don Benigno Blanco acaba de ser nombrado Secretario del Banco Español de la Habana.

Recayendo dicho nombramiento en una persona tan digna y competente como el Sr. Blanco, lo hallamos justo y acertado, al par que beneficioso para nuestra primera institución de crédito.

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

*Es locura el mal de amor,
locura que cura un cura,
y es locura que se cura
con la locura mayor.*

Como gente lista lo han acertado Juan y Medio, Un rapaz de Gedeon, Juan Rebus, Francisco Querol de Rios (Dice V. que está enferma Conchita de la Mar? ¡Dios mío! corro á salvarla!), Juan Cancerbero, Carlos VII (Cáscaras, qué sorpresa!) Isidoro R. Cabrera, Refugio, Lola (A los pies de usted), Francisco de P. Roca, Alfredo Vera.

D. Carlos VII acompaña la solución con los siguientes versitos:

*“Tal gerooglífico ¡horror!
lo componen siete curas!....
Oye, Juan; si en tus locuras
vuelves mi gente á emplear,
pronto me habrás de pagar
las verdes y las maduras.”*

Juan y Medio dice que en el gerooglífico sobran seis fusiles.

No sobra nada! Figúrese que quien vá á descifrarlo es un guardia civil y se figura que aquellos bultos son carlistas; los ha de dejar usted indefensos? ¡Vaya, hombre!....!

Otros caballeros se han empeñado en que ha de ser el *tífus del amor*; pues no hay semejante tífus. ¡Qué afán de introducir alarmas!

SOLUCION AL CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

Afeminado.

Lo han acertado Un rapaz de Gedeon, Manuel Marquet, Francisco Querol de Rios, Consuelo Arias (muchas gracias por la felicitación), Refugio, Isidro Gonzalez, Felipe Obeso (Sagua).

